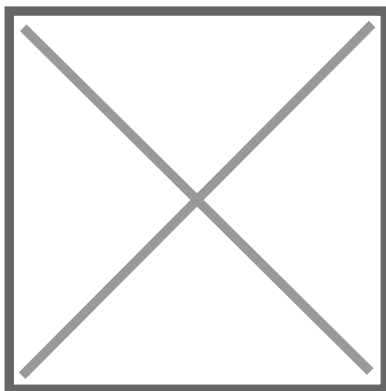




El poeta y la bohemia



Escribe
Filebo

Si han escrito muy hermosas e instructivas páginas en torno a la persona del poeta y periodista Luis Orrego Molina, fallecido recientemente, pero nadie — ni el célebre tramuhante de Juan Robén Valenzuela, ni el encanto de la prosa rasoniana, de Ramón Gómez de la Serna, ni de Juan Ramón Jiménez, de Andrés Sabella, ni la erudición empapada de nostalgia de Hugo Goldsack, poeta y Premio Nacional de Periodismo — ha logrado explicarlos enteramente qué fue como caridad civil Luis Orrego Molina. Juan Robén Valenzuela lo ha recordado como huésped de una de las tertulias literarias de LAS ÚLTIMAS NOTICIAS cuando el establecimiento de este diario todavía se asentaba en la casa tradicional del centro de Santiago. Andrés Sabella, reconocido a sus prodigiosas décadas en la capital de Chile, lo ha incluido en un conjunto de poetas que practicaba con fervoroso desinterés la bohemia en la antigua calle Bandera y en la Fuente de Soda "Imi", café situado en la Alameda de las Delicias. Hugo Goldsack lo evoca en todos estos lugares y también como visitante de "El Bosco", ya en la Alameda Bernardo O'Higgins, formando parte de una pléyade de admiradores incondicionales de la noche, entre los cuales brillaban, antes del autor de la nota, Mario Ferrero, Víctor Castro, Terribio Ovando, Jorge Sosa Eguía y Sergio Reyes (1-7). En su artículo, Sabella narra la historia fantástica de ese amigo noctámbulo — nunca bien conocido — que, acercándose al corrillo del café, solicita "refuerzos humanos" para no hacer tan solitario el tránsito postero de un vecino que se veía en un barrio periférico del norte, Recoleta o Independencia, más allá de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile y de los grandes comercios. Sabella e Irma Isabel Astorga, que entonces firmaba sus poemas simplemente como Irma Astorga, acceden a la petición del inamorado y trémulo solicitante. Presente en el lugar, Luis Orrego Molina no rehúsa ni un momento en ser de la partida. De más está repetir que ninguno de los tres sabe algo del finado. De lo que se trata, en buenas cuentas, es prestarle apoyo moral a un "conocido" en estado de emergencia. Vicinas de la fatiga de la noche en vela, los deudos y parientes del difunto, contando el solicitante, se retiran, poco a poco, no sin cierto aire de alarmado desánimo. Al final, hacia la hora del canto de los gallos madrugadores, que diría don José Martínez Ruiz, en el velorio sólo quedan Irma Isabel Astorga, Luis Orrego Molina, Andrés Sabella y, naturalmente, por fuerza mayor, el maestro. Al registrarse en esa condición privilegiada de "usucos", los bohemios de magnífica voluntad estiman cumplida su misión de gratui-



Andrés Sabella y Hugo Goldsack. Poetas y periodistas del poeta y periodista Luis Orrego Molina.

tos coladores de la buena muerte. Antes de retirarse, la poetisa de "La Muerte Desnuda" (1946) resuelve echar una mirada de curiosidad, a través del vidrio del ático, para saber si realmente como era el difunto a cuyo velorio había prestado amistosamente su concurso. Ahí cuenta Sabella la saeta de escándalo con que, al ver aquellos trasnochados rostros, los zahiere la señora pacata en el tranvía: "Qué vergüenza. Una mujer divirtiéndose con dos hombres". Y la respuesta al vulto de la escritora: "Y eso que no ha visto al que se quedó dormido".

Goldsack, a su turno, traza la imagen física del poeta. Más bien poquitos, esmirriado, parco de palabras, con una miopía poderosa que lo obligaba a usar gruesos lentes. (De dónde venía? ¿Dónde vivía? ¿Quiénes componían civilmente su familia? Muerte. Era periodista. La última vez que Goldsack lo encontró en la calle, en los alrededores de la Biblioteca Nacional, se hallaba — asegura Goldsack — al frente... de un banco maricón. Para no incomodar el pudor de su intimidad — el pudor de la intimidad de Luis Orrego — Goldsack miró hacia otro lado como si no se fijara en la presencia del bueque surto en la baía de Miraflores con la Alameda.

He aquí la historia de un poeta. La noticia de

la muerte del poeta se publicó gracias a los buenos oficios de Samuel Valenzuela (Naval), en un párrafo de crónica, con anticipación — es claro — al recordo necrológico de Juan Robén Valenzuela. Todo ocurrió así. Me llamó a mi casa por teléfono la hija del historiador, sociólogo y ensayista, hoy en Europa, Marcelo Segall, María Eugenia Segall, para comunicarme la mala nueva. Desaparecido de las fides de la bohemia y del periodismo, María Eugenia Segall, que llamaba "Tata" a Luis Orrego Molina, se hizo cargo de su atención. Lo instaló en una casa de reposo patrocinada religiosamente en memoria de la obra del "Fervor de Asís", en los alrededores de San Alfonso. Allí Luis Orrego Molina, después de incontables estrachos y penurias económicas, sobrevivió con catolicismo cristiano la enfermedad, esa de la que con Fernando Díaz, director de este diario, acostumbrábamos a calificar enfáticamente, como todavía se acostumbraba, de "larga y paosa", sólo que nosotros, empleando los adverbios, economizáramos el sufrimiento del sustantivo. Falleció Orrego Molina en el Hospital Clínico de la Universidad Católica, donde años antes expiró otro caudal de la bohemia de Bandera: Armando Méndez Carrasco ("Juan Finaia"). Insistidamente busqué referencias acerca de Luis Orrego Molina en el "Panorama de la Literatura Chilena", de Raúl Silva Castro; en el "Diccionario de la Literatura Chilena", de Efraín Samulowicz; en la antología "Poetas Chilenos del Siglo XX", de Carlos René Correa. Desde el punto de vista biográfico, Luis Orrego Molina no habría existido.

Un día, en la tertulia de LAS ÚLTIMAS NOTICIAS, hablando de las vicisitudes previsionales, le pregunté a Luis Orrego Molina qué espacio abarcaba su "laguna" de imposiciones en la Caja de Empleados Públicos y Periodistas. Me respondió que su trabajo, sólido, de firme, con pago de imposiciones, había culminado en los tiempos de Ibáñez. Me desconcertó. Lo interrogué a qué gobierno de Ibáñez aludía, si al primero o al segundo. Obviamente, aludía al segundo. A partir de esa época había vivido a salto de mata de colaboraciones esporádicas.

En la SIC, cierta vez, un "best seller" chileno reconoció ignorar quién era el poeta español Miguel Hernández. En la Academia Chilena de la Lengua al preguntar a un gran escritor sobre la identidad real de Mario Bahamonde, Semanas atrás, con motivo de la muerte de Chela Reyes, alguien de alto relieve intelectual se declaró — luego en su conocimiento. No pasó mucho tiempo sin que un amigo me consultara si había existido de verdad un poeta llamado David Perry.

El poeta y la bohemia [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El poeta y la bohemia [artículo] Filebo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile